

COMPañERO

CARTA ABIERTA DE UN PRESO A SU CARCELERO

Le escribo mientras cumplo la calabocada que Ud. me impuso, con orden de aislamiento absoluto, custodia especial, corte de visita, retiro de colchón y abrigo, etc.

Como todas las mañanas, ahora lo estoy viendo bajar del auto, rodeado de metralletas, con su "45" en la mano. ¡Qué miedo parece tener Ud. Señor Gallardo!

Hay países donde muchos cuarteles los transformaron en escuelas. En el nuestro, los están transformando en cárceles. Este de Dante y República, viejo "Cuartel de los 33", ahora es cárcel de presos políticos. No digo que suya sea la culpa. Aunque no le guste se lo imponen. Recibe y cumple órdenes. Lo sé.

Pero además de eso usted, señor, como jefe del CGIOR dicta por su cuenta órdenes, que hace cumplir. De eso sí es responsable. Sin atenuantes ni pretextos de escalafón.

Responsable de las largas horas que suman días, de reiterados plantes a que ha sometido a decenas de presos políticos.

Responsable de la agresión cometida contra el conjunto de los "internados" cuando una noche, a la retaguardia de la tropa armada de garrotes, usted gritaba: "pinche, pinche, pegue, pegue".

Responsable de haber instaurado un régimen que establece restricciones y prohibiciones en casos más drásticos que en el resto de las cárceles.

Responsable de una serie, extensa y documentada, de atropellos⁸ contra la salud y la integridad física y moral de los detenidos.

No creo que sea necesario seguir enumerando cargos. Aquí en el CGIOR, existen testigos numerosos de que nada de esto es incierto, ni exagerado. Los soldados, los clases, los técnicos, los oficiales del establecimiento pueden ser esos testigos. Por ahora, semi impotentemente mudos. Ellos no quieren o no pueden decir muchas cosas. Nosotros sí.

En cuanto usted nos "calabocéó" pensé mandarle una nota, o reclamar una entrevista. Después desheché la idea. Usted no conversa con los presos, sólo grita o sanciona. Usted no admite ni estudia notas, simplemente las rechaza "por improcedentes". Siempre pone en el medio a sus "inferiores" en jerarquía. Para evitarles molestias y violencias a quienes por responsabilidad suya bastante la sienten, y para "acceder" a usted, opté entonces por este método. El único a mi alcance.

Pienso que, de alguna manera, esta "carta abierta" le ha de llegar. Supongo también, que aunque no le guste la va a leer, del principio al final. Considere que esto no se lo mando decir por nadie. Simplemente se lo digo. Haga de cuenta que cara a cara.

Sé perfectamente que usted tiene "marcados" a varios de los "ciudadanos" "internados" en el marco de las "medidas de seguridad". Agradezco señor jefe, el inmerecido lugar en que dentro de su lista negra me ha colocado. Aunque nunca hemos dialogado, usted ha de conocerme aproximadamente de la misma forma que yo a usted. Las 24 horas de cada día durante casi cinco meses, encerrado en el cuartel, ahora cárcel, que Usted dirige, habilita tal presunción.

Por eso una cosa me sorprende Señor. ¿cómo se equivocó tanto?

Por responsabilidad suya se había venido creando dentro del establecimiento, respecto a la satisfacción de determinadas necesidades fisiológicas una situación, aparte de rayana en la vejación, absurda. Prescindo de los detalles que acarrearían el ridículo, y ésa no es la intención de esta carta. A eso agregó Usted otra orden imposible de cumplir por parte de los tres presos a la que iba dirigida.

¿Creyó que mis dos compañeros y yo íbamos a deponer una actitud basada en una decencia elemental, porque nos mandaba amenazar con meternos en un calabozo?

Debo reconocerle cierta perspicacia. Dudó del efecto de esa amenaza, es cierto.

Entonces se nos anunció: "el coronel les comunica que si no obedecen se les corta la visita". Admitamos que tuvo buena puntería. En hombres que además de compañeras y madres tienen hijos, ése era el punto más sensible. "Corte de visita". Cuando aquí son una vez por semana. Significaba que los hijos no vieran a sus padres por lo menos durante quince días.

Apuntó a la parte más sensible, señor. Pero; igual el tiro le falló. Hay cosas que no se aprenden en los libros ni él en el Polígono.

Hay algo que Usted ha olvidado. Algo que mucha gente tiene, cada vez más gente, sobre todo la gente del pueblo, tiene y ejerce: y hace valer: la dignidad.

Discúlpeme si le hablo en un lenguaje que puede no entender. A lo largo de nuestra historia lo mismo que a Usted, y a los que por arriba suyo mandan, le pasó a algunos de vuestros antepasados. Uno de aquellos, después de ejercer feroz tiranía, desesperado, tuvo que admitir que "los orientales son ingobernables". Tuvo un triste fin ese dictador. Así les pasa siempre a esos pobres hombres, que se creen "fuertes", frente a un pueblo digno.

Y esa dignidad del pueblo oriental para las cosas grandes, nosotros los hijos de ese pueblo procuramos cotidianamente aplicarla también en las cosas chicas.

De esa manera tratamos de vivir con dignidad todos los días; criándolos en ella es que amamos profundamente a nuestros hijos. Así ellos quieren a sus padres, y los respetan, y no están avergonzados —sino orgullosos— de que por eso mismo sus padres estén presos o perseguidos.

¿Va comprendiendo ahora por qué su golpe aunque bajo y bien dirigido estaba condenado a fallar?

Si Usted hubiera venido al cuartel el domingo tal vez hubiera visto el llanto contenido de criaturas de 3 años cuando se iban de vuelta sin poder estar con sus padres, ni siquiera las recortadas tres horas semanales. Haga que le cuenten, señor, y siéntase orgulloso.

Puedo asegurarle que su satisfacción se transformaría rápidamente en miedo. Sí, usted con su "45" en la mano sentiría más miedo que siempre. Ante esas criaturas. Ante cientos de criaturas; miedo a comprobar el odio que contra ustedes, los personeros del despotismo, ustedes mismos les inculcan día a día.

Más miedo sentiría, señor, al conocer lo que piensan de ustedes los hijos de miles de orientales, destituidos, perseguidos, presos; nuestros hijos casi adolescentes.

Algunos de ellos esperan anhelantes las pocas horas semanales que en cárceles o cuarteles, lo mismo da, vigilaos por armas con las que se empieza a familiarizar, pueden pasar con su padre. Con ese hombre al que quieren, respetan y necesitan.

Nuestros hijos no nos perdonarían que para poder estar juntos perdiéramos nuestra dignidad. Ante usted o ante nadie. Ese único título que en tantos obreros, en tantos luchadores sociales, en tantos hombres poseemos: nuestra dignidad.

¿Entiende ahora por qué erró el tiro?. Por qué nunca vamos a humillarnos por más plantones, calabozos o torturas que usted u otros como usted nos impongan?. No es sólo por nosotros, por nuestros compañeros, por nuestros ideales. Es también, y más todavía, por nuestros hijos. Esas criaturas de 3, de 11, de 12 años; miles como ellas, más chicas o más grandes. Ellas, con el odio que ustedes les meten, con el amor que nosotros les damos. Son las que construirán el mundo nuevo que ahora anida en sus corazones. Ese mundo nuevo, por el que nosotros peleamos, donde junto con la miseria desaparecerá la prepotencia.

Créame que no le guardo rencor por las cosas que usted nos hace. ¡Son tan pequeñas!. En cambio ¡tanta cosa importante ocurre!. Le tengo, eso sí, lástima señor, lástima bastante profunda.

Debo agradecerle las horas de recogimiento y meditación que su sanción ha hecho posibles. Han sido para mí útiles. Su "arresto a rigor" me ha aparejado momentos de alegría. Infinidad de pequeños gestos y actos, sencillos, solidarios. A cargo de quienes menos podría esperar, tonifican y ayudan a reafirmar arraigadas convicciones.

Una, de que aún a este nivel tan reducido y sin importancia, la lucha no aisla, sino que fortalece. Los pequeños actos de dignidad generan respeto.

Otra, que usted y los suyos están cada vez más solos. Y cuanto más prepotentes, más débiles. En todas partes. A todos los niveles.

Espero haber sido claro. Me he dirigido a Ud., señor Alonso Gallardo, no en tanto coronel, no como miembro del ejército, sino como responsable de los hechos que señalamos. Como hombre del régimen, como ejecutor de una política. La política de los que quieren transformar nuestro país en una cárcel.

Usted es militar. Yo soy obrero. No por ello es obligatorio estar enfrentados. Los militares dignos, los que no usan sus armas contra el pueblo, los que están dispuestos a no ser instrumentos de la oligarquía sin patria, ellos deben merecer nuestro respeto, como cualquier hombre digno. En América Latina muchos hombres de esa profesión (tal vez menos de los que se dicen, sin duda mucho más de los que se conoce) se incorporan y luchan en las filas del pueblo.

Pero usted es, ¡y cómo! nuestro carcelero. Aunque intente disimularlo, o incluso no sea plenamente conciente, usted hace política. La política de una minoría de banqueros y millonarios, la política de la dictadura, la política de los de arriba. Por eso no por otra cosa, estamos enfrentados.

Una última cosa. Sólo un pedido, si me lo permite. Ahora sí dirigido no al carcelero sino al coronel del ejército.

La próxima fecha patria, el 19 de junio, ese día, el del natalicio de Artigas, ese día, cuando los muchachos de la tropa hagan flamear juntas en los mástiles del cuartel nuestras lindas tres banderas, ese día, cuando usted señor coronel al son del clarín haga la venia, una sola cosa le pido, piense señor. Piense todo esto, piense que está haciendo. Haga la venia a la bandera del sol y las barras azul y blancas, y piense. Recuerde el grito libertario del himno patrio, medite si usted es fiel a él.

Haga la venia a la bandera de Artigas, tenga presente su ideario. "Ignoraba el gobierno que los orientales habín jurado un odio eterno, irreconciliable a toda clase de tiranía". ¿Recuerda?

Y hágale también la venia a la otra. A la que está en el mástil de la izquierda, a esa bandera nuestra que flameó en la Agraciada. Enarbolada por un puñado de gauchos y que ahora el pueblo sigue empu-

Y piense señor coronel.

Desde este viejo "Cuartel de los 33".

Lo saludo

fiando. Hágale la venia a la bandera rebelde, la de los 33, la que dice **LIBERTAD O MUERTE.**

GERARDO GATTI.